



pezdeplata

**Julio  
Rodríguez**

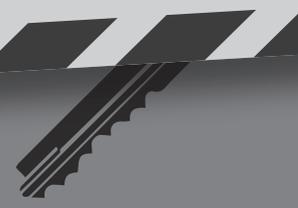
# EL GRAN PIRELLI

**7**

La **Hermandad de la Mosca**

Colección

**LA RISA FLOJA**



# EL GRAN PIRELLI

© Julio Rodríguez, 2019

Primera edición: octubre, 2019

Derechos exclusivos de esta edición:

**EDITORIAL PEZ DE PLATA S.L.**

Ap. Correos 2082

33013 - Oviedo (Asturias)

[www.editorialpezdeplata.com](http://www.editorialpezdeplata.com)

[info@editorialpezdeplata.com](mailto:info@editorialpezdeplata.com)

© Diseño e ilustración de cubierta: Gallota, 2019

[www.gallota.com](http://www.gallota.com)

ISBN: 978-84-949177-8-3

DEPÓSITO LEGAL:

Maquetación: Editorial Pez de Plata S.L.

Impresión y encuadernación: Asturgraf S.L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta novela. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

# **EL GRAN PIRELLI**

**Julio Rodríguez**



*La ley es una telaraña que atraviesan  
libremente las moscas grandes  
mientras va enredando, sin remedio,  
a las pequeñas.*

**Honoré de Balzac**



*Las moscas deberían saber que posarse sobre un cadáver cuando hay un policía cerca no es precisamente una buena idea. Pero no lo saben, claro, y así les van las cosas.*

*En cuanto el agente uniformado aplastó la mosca de una palmada certera, continuó remarcando la silueta del cadáver tendido sobre la alfombra procurando no hurgar en la sangre reseca de la cabeza. Su compañero, que rellenaba con monotonía el parte del levantamiento del cuerpo, creyó tener algo interesante que decir al respecto:*

*—¿Sabías que las moscas viven solamente unas horas? Un par de semanas como mucho...*

*—Eso las que tienen suerte —dijo el otro con una mueca de satisfacción.*

*—Y en dos semanas les da tiempo a todo —continuó impasible—. A crecer, a alimentarse, a procrear...*

*—Y a tocarnos bien los cojones.*

*—Todo es más rápido para ellas. Por eso es tan difícil castrarlas, porque pueden realizar muchos más movimientos en un segundo que los seres humanos. De hecho, está comprobado que perciben el tiempo de una forma diferente a nosotros.*

*—¡No te jode, son moscas!*

—Podría decirse que viven en una hora lo que nosotros en... en unos dos meses.

Se produjo entonces un silencio que no duró gran cosa porque la complejidad de los cálculos acabó por desenterrarle la curiosidad a su compañero.

—¿Dos meses? O sea, que un minuto para ellas serían para nosotros...

—Aproximadamente un día entero.

—Joder, vaya vida más rara. ¿Y tú cómo sabes tanto de moscas, Gutiérrez?

Nunca lo sabremos. La irrupción en el piso de uno de sus superiores, que no necesitaba más uniforme que una gabardina terrosa y una sucia barba de tres días, acabó de golpe con la conversación.

—¿Ya ha estado aquí el fotógrafo?

—Sí, inspector, ya ha pasado todo el mundo por aquí: el juez de instrucción, el secretario del juzgado, el médico forense... Sólo faltaba usted.

Renunciando a averiguar si aquello era una reprimenda de su subordinado, el inspector encendió un cigarrillo, se acercó a Gutiérrez, el policía experto en moscas, y, en un ademán propio de los de su especie, comenzó una frase con la idea de que el otro la completara, mientras le ponía la mano en el hombro con un amago de afectividad:

—El interfecto era...

—Antonio Bódalo... El abogado. ¿No le suena? Salía a veces en la tele.

—No veo la televisión.

Gutiérrez lo miró con asombro, sin poder alcanzar a imaginar a qué diantres podría dedicar su tiempo libre entonces. Tras reponerse, dijo:

—Debía de estar forrado. ¿Ha visto qué despacho tiene?

—Tenía.

—Pues si éste es su despacho, no quiero imaginarme cómo será su casa.

—Una buena choza, seguro.

El inspector se acercó al cuerpo de la víctima con desgana y, en cuclillas, le echó un vistazo rápido.

—¿Alguna prueba?

—Montones, inspector. Ya están camino del laboratorio. Lo cierto es que todo apunta a que ha sido una chapuza, así que no le quepa duda de que en unas horas el autor del crimen habrá sido ya detenido. La ley podrá darle su justo merecido y...

—Está bien, está bien, modere su retórica, oficial.

A pesar de no comprender la orden, Gutiérrez la acató a la perfección no volviendo a abrir la boca.

—Espero que no te falte razón y el caso no se complique más de la cuenta, porque odiaría tener que ver el partido del Madrid de este fin de semana con la cabeza en otra parte.

El inspector descubrió entonces el cuerpecillo aplastado de la mosca, que elevaba a dos el número de cadáveres de la sala; tras observarlo con curiosidad, añadió una expresión motivadora con la que rematar su observación de forma amable, siguiendo los consejos de la psicóloga de la jefatura, con quien tenía la costumbre de acostarse algunas noches:

—Buen trabajo, muchachos. Seguid así.

Levantó luego el cadáver de la mosca, atrapándolo con unas pinzas especiales, y lo puso al trasluz de la ventana. Mientras escudriñaba su cuerpo —los enormes ojos rojos, las alas bifurcadas como sucias hojas transparentes, las cuatro franjas oscuras que le cruzaban el tórax—, el inspector pensó en voz alta:

—Extraños bichejos, las moscas, sí señor. Desde luego que lo son.

Por fin, suspiró reconfortado. Parecía que aquel homicidio no sería finalmente para tanto y únicamente le amargaría el día

*la resaca que desde la mañana le sacudía la cabeza y le agitaba el estómago como una atracción de feria. Ni por un momento se imaginó las vueltas que acabaría dando el asunto ni los múltiples caminos que abriría a su paso la investigación. Tampoco podría haberse imaginado, ni aunque le hubiera ido la vida en ello, quién habría de encargarse finalmente de resolver el caso.*

## UN ENCARGO INESPERADO



*Los acantilados se deshacen en polvo,  
la cabra pierde el apetito, y hasta, por fin,  
muere el funcionario..., pero la mosca  
domestica siempre está a mano, como el  
salmón que salta en el río.*

**Ambrose Bierce**

## 1

«La vida de las moscas no es gran cosa. Y, sin embargo, ahí están: empeñadas en volar de acá para allá como si fueran a llegar a alguna parte». Eso me dio por pensar mientras espantaba de un manotazo a un moscardón azulado que no dejaba de merodear sobre las migas esparcidas en la mesa. De acuerdo, no era una frase como para tatuársela, pero encajaba con el argumentario de mi nueva filosofía, así que la di por buena y procedí a remover el té, a pesar de no haberle añadido azúcar, dispuesto a mantener iluminadas las pocas luces que aún no se me habían fundido del todo tras los últimos acontecimientos.

Recordé entonces cómo una semana atrás me había despertado con la intuición de que algo bueno habría de sucederme. ¿Por qué no? Después de tantos años de inopias y desventuras, ya era hora de que me pasara algo bueno. Claro que luego recordé también que justo entonces había sonado el teléfono y, al saltar de la cama con aires de volatinero para contestar la llamada, me había dado de bruces contra el suelo, lo que me había llevado a aceptar una vez

más la cruda realidad: aquél no iba a ser el día en que me cambiara la suerte.

Sin embargo, debo reconocer que estaba contento. Llevaba tres meses fuera de la cárcel y tenía un trabajo dentro de la ley: mozo de almacén en el Primark de Gran Vía, una de esas grandes superficies donde tantas veces había ejercido, con diferentes resultados, mi oficio de cortabolsas. Tras una vida dedicada al delito y a la miseria, no podía desaprovechar la oportunidad de reintegrarme en una sociedad tan poco partidaria de la reinserción. Incluso era posible que algún día me ascendieran a reponedor, aunque no era demasiado probable.

Por primera vez en mi vida, la cosa pintaba bien.

Pero en aquel momento el golpe de la caída me había dejado el cuerpo como el de un nazareno y mi vida me pareció otra vez una mierda. «Todo lo malo que nos pasa es por salir de la cama», gruñí mientras me levantaba. «¿Quién cojones será a estas horas?». Corrí hacia el aparato flageándome por ser el único imbécil de Madrid que no tenía más que un teléfono fijo en los tiempos del móvil y contesté enfurruñado:

—¿Quién?

—¿Pirelli? —respondió una voz ronca.

«Pirelli». Así es como me conocen tanto mis allegados como los compañeros de prisión, que vienen a ser los mismos, pero sólo unos pocos tenían mi número, de modo que escuché con recelo lo que la voz decía.

—Necesito tu ayuda.

Malo. Nadie en su sano juicio necesitaría mi ayuda.

—Me han metido en la cárcel, Pirelli. Me acusan de haber matado a un hombre. —Respiré aliviado; sin duda se trataba de alguno de mis colegas, pero no era capaz de distinguir su voz—. Necesito que vengas a verme.

—Ni hablar, tío. Yo paso de traficar y menos en el trullo, habrase visto...

—¡Pirelli!

—Que no, hombre, que no, que a mí no me van esos marrones.

—¡Pirelli, coño, que soy Torres!

«¡Hostia, Torres!».

El comisario Torres.

El puto comisario Torres.

Mi vida volvía a torcerse como un árbol enfermo.

—¿No le gusta el té, caballero?

La pregunta del viejo camarero me sacó de golpe de mi abstracción, recordándome que a) no me conocía de nada; b) sin duda me encontraba en Galicia; c) me hallaba en un buen restaurante, sereno y limpio; d) el té me daba un poco de asco, pero no estaba la cosa para calimochos, y e) estaba investigando un crimen, presuntamente cometido por el más prestigioso comisario de policía de la Comunidad de Madrid.

El puto comisario Torres.

En efecto, yo, Pirelli el piltrafilla, descendiente de maleantes y estafadores, delincuente de toda la vida, toxicómano en excedencia, conocido y respetado en todas las cárceles de España donde había pasado más de la mitad de mi vida, me encontraba en libertad, con dinero en los bolsillos y satisfecho el estómago, tratando de esclarecer el misterioso asesinato de un hombre como un vulgar guripa o picoletto.

No pude reprimir la arcada.

«Si me vieran los míos, qué vergüenza».

## 2

Acudí al reclamo del comisario como acuden los cerdos al de su criador cuando los lleva a degollar al matadero: por inercia, por respeto y, sobre todo, por miedo. Porque los pequeños delincuentes, por mucha redención que alcancemos, nos pasamos la vida a merced de los policías, esos apéndices armados de la ley que aprobaron raspado el bachillerato y se sienten superiores al resto de los mortales en cuanto se ponen encima un uniforme y se agencian una placa y un arma reglamentaria. No digo que no haya policías buenos. Lo que digo es que yo no me los he encontrado.

El comisario Armando Torres me tenía pillado por los huevos desde el día en que cumplí dieciséis años, cuando me detuvo por primera vez por asaltar un súper para hacerme con una botella de *El Gaitero* y un paquete de donuts con los que había decidido darme un homenaje, tal vez no del todo merecido. Torres, que por aquel entonces no era comisario pero gozaba ya de un currículum digno de Harry el sucio, me encerró en el calabozo de la comisaría

y dio buena cuenta del botín delante de mis narices. A partir de ese momento, quién podría haber adivinado por qué, decidió tomarme como su confidente dentro y fuera de la cárcel.

Yo me negué, por supuesto. Siempre he aborrecido a los chotas que delatan a sus colegas a cambio de algún que otro favor de las autoridades. Le dije que, cuando quisiera cavarme una fosa, yo mismo me buscaría el pico y la pala. Pero el tipo no entraba en razón, así que no me quedó más remedio que poner buena cara y seguirle la corriente escuchando sus patrañas, contándole de vez en cuando algún que otro rumor intrascendente o haciendo bulto en las rondas de reconocimiento, y recibir a cambio algún permiso, un par de billetes pequeños o una botella de vino peleón.

Tras la llamada de Torres, telefoneé al trabajo alegando el padecimiento de un sarampión pestilencial para salir del paso y tomarme el día libre. Me pegué una ducha torera —las dos orejas y el rabo— y abandoné la colmena muerta en la que me alojaba en alquiler desde hacía dos meses, situada en el barrio de Lavapiés, en dirección a Alcalá de Henares. Allí se encuentra el Centro Penitenciario Madrid II, más conocido como Alcalá Meco, donde habían recluido al comisario. Conocía bien el camino (carretera de Meco, kilómetro 4,5) porque yo mismo había estado interno allí en varias ocasiones. Cuando llegué a la prisión, uno de los dos jichos, saqueros, boquis, boqueras, pitufos o guardias de la entrada, también conocidos con el nombre común de «funcionarios de prisiones», me recibió con un ocurrente «¿Cómo tú por aquí, chavalote?» al que contesté tratando de amoldarme a su anfibología con un escueto «Visitando a los que seguís aquí encerrados», antes de vaciar los

bolsillos para atravesar el detector de metales. Hasta cinco puertas más tarde no alcancé la sala donde solían realizarse los *vis a vis* íntimos y que esta vez iba a servir para que Torres y yo nos reuniéramos.

Sentí un escalofrío en cuanto vi la figura rancia y encogida del comisario Torres, su mofletuda cara desencajada, su nerviosa mueca componiendo un gesto similar al que debía de asomar a mi rostro cada vez que esperaba la llegada de la cleopatra de turno que viniera a alegrarme el día. Noté sobre mis hombros el peso de tantos años al otro lado.

En todo caso, que Torres me recibiera en la sala del *vis a vis*, y no en uno de los locutorios dispuestos para este tipo de visitas, dejaba clara una cosa: incluso entre rejas el muy cabrón seguía siendo el puto comisario Torres y gozaba del favor de las autoridades penitenciarias.

De modo que allí estábamos los dos, cara a cara, como en otras muchas ocasiones en los últimos veinticinco años, pero esta vez con los papeles cambiados. Con «los roles invertidos», como solían decir los pánfilos de los psicólogos.

En cuanto el funcionario nos dejó a solas, cerrando la tranquera metálica de un portazo cargado de desafecto, el comisario Torres se levantó de la cama donde estaba sentado y se acercó a mí. En un inusual ademán de aprecio, me tomó del brazo antes de comenzar con sus explicaciones:

—Me han tendido una trampa, Pirelli. Han matado a un hombre y han falseado las pruebas para involucrarme.

Falto de inspiración para el consuelo, sólo supe colaborar con su desánimo:

—Mal asunto, comisario, mal asunto. Recuerdo una vez en que al Chéster le pillaron en una parecida y...

—¡Escucha, coño! —me interrumpió irritado, dejando claro que el hecho de que yo estuviera en la calle mientras

a él le habían enchironado en nada afectaba al orden jerárquico que regía nuestra relación—. Verás, anoche salí a cenar con Carmen, mi mujer, y cuando regresamos a casa me di cuenta de que alguien había estado fisgando por el piso. Ya sabes que soy muy meticuroso y sé perfectamente dónde dejo cada cosa. Pues no todo estaba en su sitio. Bueno, en un primer momento no le di importancia porque Laura, mi hija, viene a veces por casa y...

—No sabía que tuviera una hija...

—¡Pues sí, tengo una hija!

—¿Qué edad tiene? —pregunté, por no preguntar si estaba buena.

—Veintitantos, pero ¿qué importa eso ahora? —Levanté los hombros—. El caso es que esta mañana me despierta el timbre de casa y, cuando abro la puerta, mis propios compañeros vienen a detenerme por el asesinato de Antonio Bódalo, un abogado madrileño muy conocido... y un buen amigo mío.

»En espera del informe definitivo de la autopsia, parece que los hechos tuvieron lugar hace un par de días, aunque no se encontró el cuerpo hasta ayer mismo, cuando entró a primera hora la mujer de la limpieza.

»Su bufete, que fue el lugar donde se cometió el homicidio, estaba repleto de pistas que me señalaban a mí como el autor del crimen. ¿Te lo puedes creer? Que yo decida matar a un hombre y se me ocurra dejar una orgía de pruebas delatándome, con la de años que llevo en el cuerpo... Pues parece que a ellos no les costó creerlo. Y no sólo eso, sino que, además, al registrar mi casa encontraron la presunta arma del crimen en uno de mis cajones. Fue entonces cuando llamamos a Laura y nos dijo que ella no había estado en casa aquel día. ¡Así que alguien había entrado y había

puesto el arma allí! —En ese momento se derrumbó sobre la cama, desde donde prosiguió aquel monólogo explicativo que se me estaba haciendo interminable—. Perdóname, es que estoy que me llevan los demonios... Te estarás preguntando cuál es el arma del crimen... si es que ni siquiera te he contado cómo se produjo el asesinato.

—Claro —dije, aunque me interesaba bien poco.

—Antonio murió de un golpe en la cabeza, asestado con un... —«Candelabro», pensé en aventurar, pero preferí no decir nada— ...rodillo de cocina.

—¡Hostia!

—Uno de esos rodillos para amasar pan —aclaró—. Y, como te decía, alguien lo puso en mi casa tras el crimen. Era uno de mis rodillos, por lo que tenía mis huellas pero no las del verdadero asesino, que debió de usar guantes. Quienquiera que perpetrara este diabólico plan ha de ser un profesional, es posible que incluso alguien del propio cuerpo. Pero, ¿quién? ¡Demonios! Entenderás que en la situación en que me encuentro no pueda confiar en nadie y me haya visto obligado a encargarte a ti el asunto.

—El asunto...

—¡Sí, coño, la investigación! No hay tiempo que perder, Pirelli, es preciso resolver el caso para que pueda salir de esta maldita cárcel antes de que supriman el régimen de aislamiento y me saquen ahí fuera con esa banda de degenerados.

Le miré de lado. Había aprendido un par de cosas en la vida. Una era que hay que escurrir el bulto, sea como sea, cuando te quieren liar. La otra, que no hay que olvidarlo nunca.

—Mire, señor Torres —le dije, despojándolo deliberadamente de su grado de comisario—, yo no sé hacer nada

en esta vida; como usted bien sabe, sólo soy un pobre diablo que por primera vez en cuarenta años ha empezado a ganarse la vida dignamente. No puedo cagarla ahora, entiéndame. Además, no sé cómo podría ayudarle.

—Estoy desesperado, Pirelli. ¡Desesperado! Sólo me faltaban seis meses para la jubilación...

Su amargura resultaba convincente, pero yo había tomado una decisión firme y tenía entre ceja y ceja continuar con mi nueva vida, que habría de mantenerse alejada de los delitos tanto en su comisión natural como en el artificial ejercicio que supondría su esclarecimiento. Allá se las compusiera el hijoputa.

Pero, entonces, unos párpados abultados como de battracio ocultaron sus pequeños ojos azules durante unos segundos antes de dejarlos de nuevo al descubierto salpicados por un brillo acuoso sospechoso. El cabrón se iba a poner a llorar allí mismo. Aquello era juego sucio. En el talego todo el mundo sabe que no soporto ver llorar a la gente, que me enternezco como un crío cagón ante la lágrima ajena. «Mierda».

—¿Qué tendría que hacer? —pregunté empleando un condicional que no sirvió de nada.

El comisario se pasó la mano por la cara, se incorporó de un brinco y dijo:

—Muy sencillo, Pirelli. Sólo tienes que seguir mis instrucciones al pie de la letra.